

# *La “meta-antrópica” unamuniana en San Manuel Bueno, mártir, a la luz de los símbolos naturales*

Amable FERNÁNDEZ SANZ  
(Universidad Complutense)

**ABSTRACT:** Through the symbols of the scenery, Unamuno engages his deepest self, the philosophical and theological problems that haunt him. The landscape gets dyed with the drama that don Manuel-Unamuno lives. By assuming this I attempt to offer an explanation of the meaning of these symbols trying to decipher the project of life or self-schedule that Unamuno establishes in this unique and complex novel of “*San Manuel Bueno, mártir*”.

**KEY WORDS:** hesitation, belief, agony, deep self, nihilism.

**RESUMEN:** A través de los símbolos del paisaje, Unamuno pone en juego su yo más profundo, los problemas filosófico-teológicos que le asolan. El paisaje se tiñe del drama que vive don Manuel-Unamuno. Desde esta base pretendo ofrecer una interpretación de la significación de estos símbolos buscando descifrar el proyecto de vida o programa de sí mismo que Unamuno hace patente en esta singular y compleja novela de “*San Manuel Bueno, mártir*”.

**PALABRAS CLAVE:** duda, fe, agonía, yo profundo, nihilismo.

Desde el paisaje, Unamuno había recreado el ser de España, como sus coetáneos del 98. Ahora, en *San Manuel Bueno, mártir*, Unamuno pone en juego su conciencia individual, su yo profundo, intentando dar una solución definitiva al eterno problema de la inmortalidad, de *su* salvación.

Por ello, Unamuno, como en ninguna otra de sus obras, llega a fundirse hipostáticamente con el paisaje, con el corazón de Sanabria, con su lago y su montaña. A través de los símbolos naturales va a aflorar su yo más íntimo y profundo; va a aflorar toda la problemática fundamental de su filosofía, de su “meta-antrópica” como gustaba él llamarla. En dos artículos<sup>1</sup> anteriores hemos intentando sentar las bases que nos permitieran comprender, primero, el “escenario natural” de *San Manuel Bueno, mártir*, y, segundo, la fusión que se opera, en esta obra, del Unamuno agónico y el Unamuno contemplativo. Es ahora nuestro objetivo el ofrecer una interpretación, –intentando abrir alguna perspectiva más, entre las ya existentes–, de algunos de los problemas filosófico-teológicos que transpiran, a través de los símbolos del paisaje, en esta novela.

Señalaba acertadamente Ortega que todo ver es un mirar, un prestar atención. Pero, también, un cegarse para lo excluido. La atención viene exigida por el interés y éste nace de la constelación de nuestras necesidades, deseos y apetencias, es decir, el “apriori cordial”. Desde este sentido, en Unamuno, la *situación* es la crisis que desde 1924 está viviendo, el drama vital planteado, el problema de la personalidad, la turbadora incredulidad que ahora asola el alma de Don Manuel-Unamuno. Por ello el paisaje se tiñe de don Manuel-Unamuno, habla del proyecto o programa de sí mismo. Ello no quiere decir, como muy bien señala Julián Marías, que el paisaje aparezca como algo meramente “subjetivado, sino que aparece como ámbito que integra y hace posible un momento único e insustituible del alma del autor”<sup>2</sup>.

### 1. Entre la nada y la fe. Entre el lago y la montaña

Teniendo en cuenta lo apuntado anteriormente y lo señalado en los artículos anteriores, la descripción que se hace al principio de la novela de la figura de don Manuel, con elementos del paisaje, –“era alto, delgado, erguido, llevaba la cabeza como nuestra *Peña del Buitre* lleva su cresta y había en

<sup>1</sup> “Unamuno-San Manuel y Sanabria. Entre el lago y la montaña”, en *Actas de las Jornadas de Hispanismo Filosófico*, Serie Estudios de Literatura y Pensamiento Hispano, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 2000; “La Filosofía del Paisaje en *San Manuel Bueno, mártir*, de Unamuno”, en *Paidea*, 50, (1999), pp. 405-418.

<sup>2</sup> MARÍAS, J.: “Prólogo” a Miguel de UNAMUNO, *Obras selectas*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1977 (6ª edición), p. 32.

sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago”<sup>3</sup>—, no es algo casual y nos sumerge de golpe en su yo profundo, en la hondura de un alma que contiene más de lo que aparece y, por ello, compleja y solitaria. Complejidad<sup>4</sup> que queda manifiesta en el mismo carácter polisémico de los símbolos. Por ello sería muy simple el mantener como algo axiomático el rótulo con que encabezamos este apartado o los siguientes, sin advertir el carácter relativo de las conclusiones y la necesidad continua de matizaciones que la problemática de la obra y del propio Unamuno requieren.

Ahora bien, esta posible simplificación nos sirve, ya de entrada y aunque sólo sea a nivel metodológico, para destacar la tensión-limitación en que se mueve el alma de don Manuel-Unamuno, “que no quería ser sino de su Valverde de Lucerna, de su aldea perdida como un broche entre el lago y la montaña que se mira en él”<sup>5</sup>. Estos dos polos de atracción, *lago-montaña*, constituyen la columna vertebral y el principal punto de inflexión por el que se manifiesta el problema de la personalidad, “si uno es lo que es y seguirá siendo lo que es”, que invade a don Manuel-Unamuno. El peso y la carga significativa de estos dos elementos del paisaje se percibe cuando se constata, como muy bien ha puesto de relieve Hugo Rodríguez-Alcalá<sup>6</sup>, que en las escasas páginas de esta novela, la palabra *lago* aparece cuarenta y tres veces y la palabra *montaña* veinte veces. La *montaña*, sola, aparece una vez, frente a *lago* que aparece diecinueve veces en solitario.

De este mismo dato estadístico ya podría inferirse que la balanza del alma de don Manuel se inclina más hacia el lago y su carga simbólica. Es verdad, como ha destacado Blanco Aguinaga, que para Unamuno siempre fue un cen-

---

<sup>3</sup> UNAMUNO, M.: *San Manuel Bueno, mártir*, (Edición de Victor García de la Concha), Madrid, Colección Austral, Espasa-Calpe, 1991, (22ª edición), p. 109. (Todas nuestras próximas citas de la obra hacen referencia a esta edición). El subrayado en este texto y en las siguientes citas de “*San Manuel*” es mío.

<sup>4</sup> “Nada se perfila con la claridad que suponíamos al resumir el argumento y el conflicto de ideas dominante. Desde la primera palabra, misterio abierto a la meditación. Novela enigma en la que, quizá por primera vez, logra Unamuno crear un mundo libre, ficción en la cual los contrarios se cruzan y se funden dejando al lector sin ningún sostén conceptual definido, como en la realidad misma impenetrable”. (Cfr. BLANCO AGUINAGA, C.: “Sobre la complejidad de *San Manuel Bueno, mártir*, novela”, en *Miguel de Unamuno. El escritor y su obra*, (Edición de A. Sánchez Barbudo), Madrid, Taurus, 1980, (2ª edición), p. 296.)

<sup>5</sup> *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., p. 112.

<sup>6</sup> RODRÍGUEZ ALCALÁ, H.: “El escenario de *San Manuel Bueno, mártir*, como incantatio poética”, en Germán Bleiberg y E. Inman Fox (eds.), *Pensamiento y Letras en la España del siglo XX*, Vanderbilt University Press, Nashville, 1996, p. 412.

tro de atención el agua, pero también manifestó gran interés por las cumbres y las montañas. Por ello de la lectura de sus escritos paisajísticos no podríamos deducir fehacientemente la predilección por uno de estos dos elementos. En el caso de “*San Manuel*” no sería, sin embargo, descabellado inducir que el mayor peso del lago sobre la montaña pudiera ser indicativo de la tendencia unamuniana a disolver, en estos momentos, su tensión, a “desaparecer”, en la quietud del lago. Pero “hasta el agua estancada cría flores”<sup>7</sup>, decía Unamuno en uno de sus escritos, así pues, la montaña, aparece como ese polo de esperanza desesperada que siempre mantuvo vivo a Unamuno y posiblemente al propio don Manuel. Este núcleo dramático se va a mantener vivo gracias al vínculo sugestivo que se establece entre don Manuel, el pueblo, el lago y la montaña. En este sentido, Hugo Rodríguez-Alcalá, ha señalado cómo el drama de los agonistas, en esta novela, “se efectúa en un escenario constantemente sugerido en el relato, en un ámbito espacial poéticamente delimitado por accidentes geográficos cargados de sentido simbólico: una montaña y un lago”<sup>8</sup>. Así, para este autor, el escenario natural de la novela actúa como *leitmotiv* sugiriendo paisajes bíblicos y convirtiendo a éste en un “trozo de Tierra Santa”, en una especie de “palestinización” del escenario<sup>9</sup>. Interpretación, sin duda, plausible dado el profundo conocimiento que tenía Unamuno de la Biblia, especialmente del Nuevo Testamento, una de sus lecturas preferidas en épocas de crisis, como la vivida en su etapa de destierro – y que ya no le abandonó hasta su muerte–, donde en su soledad parisiense leía todas las mañanas un capítulo, “el que me tocara en turno”<sup>10</sup>. Nada, pues, que objetar a estas resonancias bíblicas. Ahora bien, sí conviene precisar que todos los elementos que sirven de inspiración a Unamuno están en la propia Sanabria. Afirma, por ejemplo, Hugo Rodríguez: “Pero donde la imitación no de Cristo por el protagonista, sino del estilo del Nuevo Testamento por el escritor exhibe formas sintácticas inequívocas, es en la frase siguiente a la citada. Y esta frase, que no accidentalmente encierra el *leitmotiv* del lago, dice literalmente: “con lo que creció su fama, que atraía a nuestro lago y a él todos los enfermos del contorno...”<sup>11</sup>. Tiene, sin duda, Hugo Rodríguez,

<sup>7</sup> UNAMUNO, M.: “Recuerdo de la granja de Moreruela”(1911), en *Andanzas y visiones españolas*, en *Obras Completas*, Vol. I, Madrid, Escelicer, 1966, p. 347.

<sup>8</sup> “El escenario de San Manuel Bueno, mártir, como incantatio poética”, op. cit., p. 409.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 409-415.

<sup>10</sup> UNAMUNO, M.: “Prólogo” (1927) a *Cómo se hace una novela*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, (9ª edición), p. 86.

<sup>11</sup> *Op. cit.*, p. 416.

razón en lo que se refiere al modelo estilístico, pero quizás él desconoce que el *leitmotiv* estaba también en la propia Sanabria y en la experiencia que Unamuno vivió personalmente, pues, al lado mismo del lago, junto al Hostal “Bouzas” en que se hospedaba, existía una fuente de aguas sulfurosas, un pequeño Balneario donde acudían todos los días enfermos atraídos por las propiedades curativas y milagrosas que se le atribuían a estas aguas y, más aún, en ellas se bañó el propio Unamuno, como nos ha contado doña Socorro, que regentaba entonces el Hostal. Todavía puede verificarse, ya que se conserva la fuente, parte del depósito y las pilas de este antiguo Balneario.

Pero además de esta cuestión acerca de los elementos del “escenario natural” que inspiran a Unamuno y los contextos bíblicos sugeridos, hay otra que ahora se nos presenta como fundamental: ¿cuál es el significado de estos símbolos para desentrañar los problemas que preocupan a don Manuel-Unamuno?. Una lectura de *San Manuel Bueno, mártir*, nos pone de inmediato ante la pista de la carga significativa de estos símbolos como elementos transmisores de la obsesión que persigue a don Manuel. Una obsesión metafísico-religiosa que aúna al Unamuno agónico y al Unamuno contemplativo en una tensión dialéctica, entre el lago y la montaña, en la búsqueda de una solución imposible para su alma escindida y desolada. En una primera y más relevante aproximación, el lago viene así a significar *la quietud de la nada*, el espejo de una soledad enraizada en el alma que nace de la “verdad terrible” no compartida. La hondura de unas aguas a punto de anegarnos en el mismo instante en que abandonemos el intento, el esfuerzo por sobrevivir. Así aparece en el poema que Unamuno compone en el Lago de Sanabria, —antes denominado lago de San Martín de Castañeda—, y que inserta en el prólogo a “*San Manuel*”: “San Martín de Castañeda/ espejo de soledades,/ el lago recoge edades/ de antes del hombre y se queda/ soñando en la santa calma/ del cielo en las alturas/ en que se sume en las honduras/ de anegarse, ¡pobre!, el alma...”<sup>12</sup>.

En este sentido, Blanco Aguinaga, el autor que más ha puesto de relieve el significado del agua y el lago en la obra de Unamuno, destaca el cariz nadista, pero no agónico, que este símbolo adquiere en la obra de “*San Manuel*”: “no olvidemos que en esta novela de complejísimo significado, el mismo lago que para don Manuel simboliza la nada es la Eternidad viva para el pueblo de su parroquia que sí cree en la existencia de Dios y en la fusión última y perfecta de todos los elementos de la realidad. Pero, positivo o nega-

<sup>12</sup> UNAMUNO, M.: “Prólogo” a *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit. p. 98-99.

tivo, el sentido simbólico del lago lleva siempre a Unamuno “más allá de la desesperación”, es decir, a un modo de sentir y expresar la vida por completo ajeno a la agonía, y a los gritos y violencia con que la agonía suele expresarse”<sup>13</sup>. Las afirmaciones de Aguinaga requieren, creo, dos puntualizaciones. En primer lugar, todos los símbolos tienen en Unamuno un carácter polisémico, del mismo modo que los múltiples “yoes” que contiene su personalidad. En este caso el lago también es símbolo de eternidad para Don Manuel, pero una eternidad marcadamente diferente a la soñada por el pueblo. La eternidad de Don Manuel es la eternidad de la naturaleza, inmanencia pura, frente al pueblo que sueña con el cielo, por ello se afirma que el canto de don Manuel, “saliendo del templo, iba a quedarse dormido sobre el lago y al pie de la montaña”<sup>14</sup>. Su fe no consigue superar ese marco de inmanencia que supone el lago. No es, sin embargo, de la misma opinión, Fernández Pelayo, otro de los estudiosos que más ha profundizado en esta compleja simbología. Para él, “don Manuel no está convencido de que no exista de veras ese cielo que el lago refleja; y al no estarlo no se atreve a arriesgar su vida eterna quitándose esta, suicidándose”<sup>15</sup>.

Una segunda puntualización hace referencia al carácter no agonista, aunque nadista, señalado por Aguinaga. Incluso otros autores, como López Quintás, ofrecen una interpretación positiva, al considerar que “esta obra supone una ventana abierta a la esperanza de que es posible superar el *agonismo*, la tremenda lucha que se libró en el espíritu del autor entre la inteligencia y la voluntad a propósito de la existencia de Dios”<sup>16</sup>; o Manuel Blanco que encuentra en “*San Manuel*” el secreto de una “fe escondida”<sup>17</sup>. Más numerosos son los autores que han destacado el carácter agonista y trágico, como lo ha hecho, recientemente, Cerezo Galán<sup>18</sup>. Por mi parte considero que en esta obra, como he tratado de probar en mi artículo anterior, se pro-

<sup>13</sup> BLANCO AGUINAGA, C.: *El Unamuno contemplativo*, Barcelona, Laia, 1975, p. 318.

<sup>14</sup> UNAMUNO, M.: *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., pp. 115-116.

<sup>15</sup> FÉRNANDEZ PELAYO, H.: *El problema de la personalidad en Unamuno y en San Manuel Bueno*, Madrid, Editorial Mayfe, 1966, p. 141.

<sup>16</sup> LÓPEZ QUINTÁS, A.: “*San Manuel Bueno, mártir* (Unamuno) y la superación del agonismo”, en *Diálogo filosófico* 41 (1998), pp. 230-231.

<sup>17</sup> BLANCO, M.: *La voluntad de vivir y sobrevivir en Miguel de Unamuno*, Madrid, ABL Editor/Franciscanos(OFM), 1994, p. 204.

<sup>18</sup> CERESO GALÁN, P.: *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, Madrid, Trotta, 1996, pp. 714-733.

duce una simbiosis del Unamuno agónico y el contemplativo, y la tensión y la tragedia se proyecta, incluso, en los propios elementos del paisaje. La razón estriba en que Unamuno sustenta en la imaginación creadora la posibilidad del amor. La imaginación es la que posibilita la personalización y concienciación de lo animado y, también, de lo inanimado. Y es, por ello, por lo que podemos “sentir-con”, dotando de alma al pueblo, a la montaña, al lago: “él nos enseñó...a sumergirnos en el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea”<sup>19</sup>. Alma que es quietud y eternidad en cuanto alma inmersa en el alma de la naturaleza, pero, también, alma tensiionada y trágica en cuanto que es personalización y proyección del alma íntima y profunda de don Manuel, del alma que no puede vivir en paz con el secreto de muerte que trata de acallar y que no puede contar a sus feligreses, pero sí al lago y la montaña. Así la naturaleza, el paisaje, adquiere los mismos tintes que el alma de Don Manuel. Tintes de tragedia y tintes de quietud fruto de la fusión dialéctica del yo agónico y el yo contemplativo que se produce en el alma de Don Manuel-Unamuno.

En otra aproximación el lago aparece, también, como *símbolo de la razón*, del carácter disolvente de la razón. Las aguas del lago lo absorben todo, hasta la posibilidad de fe que baja o se refleja desde la montaña. El lago es el reclamo de las aguas briosas que se desprenden de las montañas y terminan amansándose y negándose en él. Así, lago y montaña son las dos caras de la moneda unamuniana que baila constantemente entre la vida y la razón. En este sentido, la montaña, frente al lago, simboliza la vida que no se resigna a los designios de la razón y busca en la fe el apoyo de supervivencia, la esperanza en un cielo, en un Valverde de ultratumba: “cree en el cielo...míralo –y me lo mostraba *sobre la montaña* y abajo, reflejado en el lago”<sup>20</sup>; “y *esperando* que todos nos veamos un día en la Valverde de Lucerna que hay allí, entre las estrellas de la noche que se reflejan en el lago, *sobre la montaña*”<sup>21</sup>. Pero esta esperanza marca, también, la diferencia de “mundos” que separan al pueblo y a Don Manuel. La *fe* del pueblo es capaz de remontarse hacia lo alto de la cumbre de la montaña, como “sueño de niño”, dirá Unamuno en uno de sus poemas. ¿Por qué? La razón estriba en que el único motor del alma del pueblo es la vida y no la razón. Por ello, **la labor principal de don Manuel será velar por la no inmersión de la razón en la vida**

<sup>19</sup> UNAMUNO, M.: *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., p. 166.

<sup>20</sup> UNAMUNO, M.: *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., p. 131.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 159.

**del pueblo.** Y es, precisamente, a lo que se convierte Lázaro. Esta sería mi respuesta a la aguda cuestión planteada por Manuel Maceiras cuando, en su “Introducción” a *San Manuel*, se pregunta: “Lázaro, nombre del resucitado evangélico, era inicialmente incrédulo racionalista, ¿a qué se convierte si Don Manuel fuese un incrédulo?”<sup>22</sup>. Frente a la esperanza-vida del pueblo, el problema de don Manuel es que esa “verdad de muerte”, esa incredulidad, la razón que se ha encastillado en lo más profundo de su yo, deja pocos resquicios para el asalto de la vida. Por eso, su fe “se queda dormida sobre el lago y al pie de la montaña” y cuando algún hilillo consigue remontar, allí está la *Peña del Buitre*, el buitre que devora, y el *cierzo* que incesantemente le hostiga.

## **2. El acecho de la duda o el cerco nihilista. La Peña del Buitre y el cierzo**

La razón, el pensamiento, tiene cercado a Don Manuel-Unamuno. No hay salida para la esperanza de salvación a través de esa fe inocente, la fe del pueblo, la fe de su infancia que tan bien encarna la figura de Blasillo el bobo o el Rosendo<sup>23</sup> de la leyenda del Lago de Sanabria, en el que posiblemente se inspiró Unamuno. Al fin y al cabo, Blasillo, el representante más genuino de esta fe, muere al mismo tiempo que Don Manuel, “así que hubo luego que enterrar dos cuerpos”<sup>24</sup>. Desde esta consideración, muere también toda posible esperanza de trascendencia, de inmortalidad personal para Don Manuel.

Pues bien, como en los niveles de la duda cartesiana, hay dos símbolos en la novela que operan como el último eslabón por si aún quedara algún resquicio de esperanza para la fe de don Manuel, la Peña del Buitre y el cierzo. Se afirma que Don Manuel “llevaba la cabeza como *nuestra Peña del Buitre* lleva su cresta”. La ladera de la montaña donde está situado el pueblo de San Martín de Castañeda está jalonada de numerosos peñascos, uno de ellos,

<sup>22</sup> MACEIRAS FAFIÁN, M.: “Introducción” a *San Manuel Bueno, mártir*, Madrid, Editorial EDAF, 1985, p. 33. El subrayado es mío.

<sup>23</sup> “Había eiquí, en Galende, un home algu tontu que se chamaba Rosendo e iba a pedir llimosna a Riballagu con su madre. Y al pasar por a orilla del llagu, dixo a su madre que oyía tocar una esquila, y es que u tontu estaba en gracia de Dios y l’esquila que oyía llera a campana de Villalverde”. (Cfr. Veáse nota 19 de nuestro artículo ya citado: “Unamuno-*San Manuel* y Sanabria”).

<sup>24</sup> UNAMUNO, M.: *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit., p. 160.



visto<sup>25</sup> desde la otra orilla del lago, desde el lugar en que se asienta el Hostal en que se hospedó Unamuno, guarda cierta similitud con la forma de un pájaro. No es necesario comentar la conocida asociación que Unamuno establece entre el buitre de Prometeo y el pensamiento, la razón, la duda que lo corroe. El buitre-razón incesantemente lo picotea y le devora toda posibilidad de esperanza que dimana de la vida, de la imaginación, del sentimiento. De su extenso poema, “*El buitre de Prometeo*”, de una fuerza implacable, pueden ser ilustrativos estos versos: “Dále, dále, mi buitre, sin cuidado;/ no temas que me muera;/ manjar tendrás en ti por largos siglos;/ común es nuestra vida,/ y en tanto me devores/ se mantendrá mi vida con dolores./ No busques otro pasto,/ mira, mi vida, cómo yo te basto”<sup>26</sup>. O los primeros versos de su famoso soneto “*A mi buitre*”: “Este buitre voraz de ceño torvo/ que me devora las entrañas fiero/ y es mi único constante compañero/ labra mis penas con su pico corvo”<sup>27</sup>.

Pero, por si la fuerza de este símbolo inquietante fuera poco, Don Manuel se siente acometido por el *cierzo*, “temblando como tiembla el lago cuando le hostiga el cierzo”<sup>28</sup>, al darle la comunión a Lázaro. Y en el pasaje del sermón del Viernes Santo, al clamar “¡Dios mío, Dios mío!, por qué me has abandonado?, pasaba por el pueblo todo un temblor hondo como por sobre las aguas del lago en días de cierzo de hostigo”<sup>29</sup>. El abandono que siente Don Manuel, la imposibilidad de ayuda para su drama inconfesado, le convierten en un hombre solitario y “la soledad es la nada”, decía en uno de los versos del “*Buitre de Prometeo*”. De ahí la exclamación evangélica y la angustia inevitable de un Don Manuel expuesto a la intemperie, sometido a las inclemencias del máximo nivel de duda propiciada por su actitud racionalista, sometido al hostigo del *cierzo* que continuamente lo bambolea y le cierra las puertas de una inmortalidad ultraterrena. Pero hay algo más, por primera vez el pueblo mismo parece percibir este vacío de Don Manuel y llora: “y fue un chaparrón de lágrimas entre todos”<sup>30</sup>. Sobre este punto,

<sup>25</sup> El mejor momento para poder observarlo es, ahora, en la estación invernal, ya que en verano lo ofusca la arboleda. En la época, –Junio de 1930–, en que Unamuno lo contempla, no existía esta arboleda. La montaña estaba, entonces, casi pelada debido a la incesante corta a que era sometida por los vecinos del pueblo que necesitaban hasta el último recurso para sobrevivir.

<sup>26</sup> UNAMUNO, M.: “*El buitre de Prometeo*”, en *O.C.* Vol. VI, pp. 234-239.

<sup>27</sup> UNAMUNO, M.: “*A mi buitre*”, en *O. C.* Vol. VI, p. 385.

<sup>28</sup> UNAMUNO, M.: *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit. p. 139.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 116.

<sup>30</sup> UNAMUNO, M.: *San Manuel...*, op. cit. p. 116.

Fernández Pelayo afirma que “la compenetración del pueblo con su pastor es tan profunda y completa que siente al unísono con él, y experimenta “un temblor hondo” que brota de un presentimiento que adivina el drama de Don Manuel”<sup>31</sup>. Pero la cuestión no es tan clara y el texto de “*San Manuel*” plantea graves problemas para la interpretación de la novela. La cuestión es que, si el pueblo adivina el drama, el secreto de Don Manuel, ¿no queda, entonces, en entredicho todo el proyecto de vida del propio Don Manuel, callar la “verdad de muerte” en aras de la felicidad del pueblo?. Personalmente, considero que, Unamuno, en su afán por expresar el máximo nivel de duda, termina abarcando hasta la propia “fe del carbonero” del pueblo. No cae en la cuenta de que, de este modo, anula el sentido mismo de la vida y la obra de Don Manuel. Aunque quizás sea esto, precisamente, lo que pretende, en un estadio de máxima reducción nada: poner en evidencia la imposibilidad de cualquier salida a la trascendencia, a la inmortalidad personal, y, con ello, el sinsentido, el absurdo, el carácter trágico de la vida.

En este sentido hay otro texto significativo, en “*San Manuel*”, que, enlazando con el anterior, viene a reforzar y ampliar esta tragedia: “Al llegar la última Semana de Pasión que con nosotros, en nuestro mundo, en nuestra aldea celebró Don Manuel, *el pueblo todo presintió el fin de la tragedia*. ¡Y cómo sólo entonces aquel: ¡Dios mío, Dios mío!. ¿por qué me has abandonado?, el último que en público sollozó Don Manuel!...Y la última comunión general...cuando llegó a dársela a mi hermano, esta vez con mano segura,...se le inclinó al oído y le dijo: “No hay más vida eterna que ésta...que la sueñen eterna...eterna de unos pocos años”. Y cuando me la dió a mí me dijo: “Reza, hija mía, reza por nosotros”. Y luego, algo tan extraordinario que lo llevo en el corazón como el más grande misterio,...y reza también por Nuestro Señor Jesucristo...Y pensé: “*Habré de rezar también por el lago y por la montaña*”. Y luego: “¿Es que estaré endemoniada?”<sup>32</sup>. Esta máxima extensión de la duda trágica se hace patente aquí, abarcando a la naturaleza y a Ángela misma, el último reducto que quedaba sin el hostigo del cierzo, que le perseguirá ya hasta el final: “¿Y yo, creo?”<sup>33</sup>. Además, rezar por el lago y la montaña significa que, Unamuno, los incluye en el mismo destino trágico que

---

<sup>31</sup> FERNANDEZ PELAYO, H.: *El problema de la personalidad en Unamuno y en San Manuel Bueno*, op. cit. pp. 135-136.

<sup>32</sup> *San Manuel Bueno, mártir*, pp. 153-154. El subrayado en este texto y en todos los citados de *San Manuel* es mío.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 168.

Don Manuel. No en vano, lago y montaña son la columna vertebral por la que se proyecta el yo profundo, el alma de Don Manuel. Así, el alma del lago, de la montaña, de la naturaleza toda, queda invadida por el nadismo trágico de Don Manuel y sumida en una especie de pesimismo cósmico.

### 3. El yo profundo y el yo social. Los dos Valverdes

No voy a comentar aquí la leyenda del lago y la villa sumergida que Unamuno convierte en punto de inflexión relevante en la simbología de la novela. Me remito a mi artículo “Unamuno y Sanabria”. Me interesa, ahora, destacar el carácter sugerente y significativo de los dos Valverdes de Lucerna como expresión del problema de la personalidad unamuniana, del alma de Don Manuel. Ya sabes, decía Lázaro, “que en el fondo de este lago hay una villa sumergida y que en la noche de San Juan, a las doce, se oyen las campanas de su Iglesia...Y creo –añadía él– que en el fondo del alma de nuestro Don Manuel hay también sumergida, ahogada una villa y que alguna vez se oyen sus campanas”<sup>34</sup>. Estamos ante un problema que venía larvándose desde tiempo atrás y que aflora tras la crisis de 1924, con su destierro, y alcanza su cénit tras su vuelta a España en 1930, donde no encuentra la paz esperada. Crisis que ha destacado muy bien José Luis Abellán, señalando la soledad y la meditación como claves, en el transcurrir de su destierro, “que hicieron posible una nueva experiencia religiosa que le enfrentó consigo mismo, desvelando su verdadero conflicto, el que había ocultado tanto tiempo ante sus ojos y ante los demás: la lucha entre el yo superficial, externo y público, y el yo profundo, interno e íntimo”<sup>35</sup>. Sobre la situación de crisis en que se encuentra Unamuno cuando visita el lago de Sanabria y cuando poco después escribe la novela, Sánchez Barbudo, nos ofrece una visión más inquietante y nihilista: “una vez más, ese verano de 1930, había caído Unamuno a lo más hondo de sí, a la dolorosa verdad, tocando la nada, y al abandonar el papel de luchador consigo abandonaría también el de incitador a la lucha civil; o quizá a la inversa, al apartarse de la revolución temeroso del aire que ésta tomaba, abandonando el papel de libertador de galeotes, abandonaría también, momentáneamente siquiera, su vestidura legendaria, y

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>35</sup> ABELLÁN, J.L.: *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología. Una interpretación de Unamuno desde la psicología individual*, Madrid, Tecnos, 1964, p. 48.

caería de nuevo al verdadero dolor; es decir, advertiría de nuevo que lo que en el fondo de su conciencia había no era “lucha” o “duda”, sino una completa falta de fe”<sup>36</sup>. Interpretaciones aparte, es el propio Unamuno quien nos pone ante los ojos su crisis, primero, en *Cómo se hace una novela*, obra básica para entender las preocupaciones que en esta época le embargan y que, a menudo, ha sido tenida poco en cuenta; segundo, en la propia novela de *San Manuel Bueno*, acabado reflejo de esta crisis. Crisis que ancla sus raíces en las “experiencias íntimas, hasta religiosas”<sup>37</sup> que Unamuno confiesa haber vivido en el destierro y que agudizan el persistente problema de la personalidad, que puede explicitarse con sus propias preguntas: “¿seré como me creo o como se me cree?”<sup>38</sup>, “¿es que represento una comedia, hasta para los míos”<sup>39</sup>, “¿no estaré acaso a punto de sacrificar mi yo íntimo...al yo histórico?”<sup>40</sup>.

“Yoes” unamunianos que pueden rastrearse a lo largo de sus obras, pero que ahora, en “*San Manuel*”, adquieren tintes más dramáticos que convierten en problemática cualquier interpretación, a lo que hay que añadir la complejidad de la simbología utilizada y los distintos planos de aplicación. Parece claro que la villa sumergida, en relación con el pueblo, tiene el significado de la fe intrahistórica, la fe tradicional que se transmite de generación en generación, de muertos a vivos, “el cementerio de las almas de nuestros abuelos”<sup>41</sup>. Las campanas que, en la noche de San Juan, oyen los que están en gracia de Dios, serían el enlace, el punto de unión entre la Valverde del “fondo del lago y la que en su sobrehaz se mira”<sup>42</sup>. Punto de unión que posibilita la apertura a la trascendencia, al más allá, a la otra vida, a “la Valverde de Lucerna que hay allí, entre las estrellas de la noche”<sup>43</sup>. Pero hay algo más, la paradoja estriba en que Don Manuel y Lázaro, tras su conversión, –poner entre paréntesis su yo profundo, su verdad profunda, en aras de la felicidad del pueblo–, son otra “laña más entre las dos Valverdes de Lucerna”<sup>44</sup>. Ahora

---

<sup>36</sup> SÁNCHEZ BARBUDO, A.: *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968 (2ª edición), p. 234.

<sup>37</sup> UNAMUNO, M.: *Cómo se hace una novela*, Madrid, Alianza, 1980, p. 122.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 133.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 154.

<sup>41</sup> *San Manuel Bueno, mártir*, p. 138.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 165-166.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 165.

bien, ¿cómo dos almas incrédulas pueden ser el punto de unión, el enlace sustancial entre estas dos Valverdes? He aquí la originalidad dramática de la novela. La represión de una “verdad de muerte” se convierte en una verdad de vida que posibilita la salvación colectiva. La esperanza de vida de un pueblo se asienta en la inconsecuencia de un hombre. La visión pragmatista de la verdad, que Unamuno había mantenido, es verdad lo que sirve para la vida, lo que nos hace vivir, adquiere aquí tintes más dramáticos y problemáticos. Se enfrentan dos modos de vida, uno de los cuales tiene que ceder en favor del otro. La verdad deja de tener un carácter irrenunciable. Verdad y razón, contraviniendo la concepción unamuniana anterior, terminan en Don Manuel-Unamuno por ser una y la misma cosa. Sólo así es posible entender su incoherencia vital y su incoherencia ética. Estamos ante un Unamuno que, sin acaso pretenderlo, acaba por dar primacía al yo racional, al yo-censura freudiano. Ahora bien, ¿es posible mantener toda una vida esta censura férrea sobre la “verdad de muerte”? ¿a costa de qué puede mantenerse esta doble personalidad? Me parece que, –incluso echando mano de los mecanismos de defensa, como la proyección, la compensación y la sublimación–, sólo a costa de una vida tensa, trágica, rozando los límites del desequilibrio personal. Es un proyecto de vida muy problemático el que se ofrece, insoportable para cualquier persona normal, sólo asequible al héroe o al santo: “¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; *la gente sencilla no podría vivir con ella*”<sup>45</sup>. Pero el héroe o el santo también son humanos y acaba por ser tarea imposible el mantener a raya esta villa sumergida, sin que aflore en algún momento a la superficie. Por ello, Don Manuel, termina por descargarse en su alma gemela, en el Lázaro racional, y más tarde, en Ángela, e incluso, el pueblo mismo, acaba presintiendo la tragedia.

Como contrapunto a mi interpretación, que no deja de provocarme serias dudas, concluyo este apartado ofreciendo otra perspectiva que sirva de confrontación. Para Fernández Pelayo la villa sumergida tiene, en Don Manuel, el mismo significado que el que hemos señalado antes para el pueblo. Él considera que, en Don Manuel, “la villa simboliza igualmente la fe que ha heredado por tradición e intrahistoria y que late en el fondo de su alma, aunque él no se percate de ello, aunque él crea que no cree”<sup>46</sup>.

---

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 142.

<sup>46</sup> *El problema de la personalidad en Unamuno y en San Manuel Bueno*, op. cit. p. 144.

#### 4. La perdurabilidad de la fe. La nieve

“Nunca olvidaré el día de la nevada en que me dijo: ¿Has visto, Lázaro, misterio mayor que el de la nieve cayendo en el lago y muriendo en él mientras cubre con su toca la montaña?”<sup>47</sup>. En una primera aproximación, creo que la más plausible, la nieve, como en la parábola evangélica del sembrador, sugiere la fe cayendo como un don gratuito, divino, y asentándose en aquellos que están en disposición de recibirla. La semilla que cae en tierra buena fructifica, la que cae en tierra árida se pierde. Pero, sobre todo, este simbolismo permite establecer una gradación en la perdurabilidad de la fe. La nieve de la montaña es más duradera, que la que cae en sus laderas y en el valle.

*Don Manuel y Lázaro son lagos, en los que la nieve, la fe, se diluye nada más caer*, transidos como están por la incredulidad, por la racionalidad. La nieve que cae en la montaña, la fe del pueblo y la fe de la infancia, es más duradera y no se derrite con facilidad. Ahora bien, puede derretirse si no se dan unas determinadas condiciones, si no está resguardada del calor del sol y arropada por la sombra y el abrigo de Don Manuel. En definitiva, puede morir si no se la preserva de la “verdad terrible”, que es intolerable y mortal para la fe sencilla del pueblo. Ante ello, el incrédulo Don Manuel, se impone la heroica tarea de cobijar esta nieve sobre la montaña del pueblo, una nieve blanca y pura, pero también frágil como el niño que necesita constantes cuidados.

Pero la nieve tiene también otro simbolismo más inquietante. En un ensayo de 1922, escribía Unamuno: “la silenciosa nevada tiende un manto, a la vez que de blancura, de nivelación, de allanamiento”<sup>48</sup>. Texto que sugiere el papel nivelador del transcurso del tiempo, que lo borra todo, lo relativiza todo, y *rompe la barrera que separa la realidad y la ficción*: “esta nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la nieve alumbra. Y yo no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé –o mejor lo que soñé y lo que sólo vi–, ni lo que supe ni lo que creí. No sé si estoy traspasando a este papel, tan blanco como la nieve, mi conciencia que él se ha de quedar, quedándome yo sin ella, ¿Para qué tenerla ya...?”<sup>49</sup>.

Rica problemática la que se plantea en el texto y que la limitación de espacio no nos permite tratar aquí. Sólomente hacer notar que estamos ante

<sup>47</sup> *San Manuel Bueno...* op. cit., p. 149.

<sup>48</sup> UNAMUNO, M.: “Nieve” (1922), en *O.C. I*, Madrid, Escelicer, 1966, p. 507.

<sup>49</sup> *San Manuel Bueno, mártir*, op. cit. p. 168.

la cuestión unamuniana de la identificación entre el "ente real" y el "ente de ficción", entre la vida y el sueño, dentro de la más genuina filosofía de la sospecha. Problema que ya había esbozado en obras anteriores como en "*La vida es sueño*", "*Vida de Don Quijote y Sancho*", "*Del sentimiento trágico*", "*Amor y pedagogía*". Pero será, sobre todo, en su novela "*Niebla*", y, en ésta, de "*San Manuel*", donde la cuestión adquiere tintes más significativos. Posiblemente estamos ante uno de los planteamientos críticos más sugerentes y radicales de la filosofía, que, sin duda, desemboca en una especie de antropología fugitiva, donde no tienen cabida las certezas y los dogmatismos.

### 5. Más allá de la fe y la desesperación. La zagala y el nogal matriarcal

La sublimación es un recurso que utiliza Unamuno para evitar la frustración que supone el aceptar la "verdad de muerte". Parece imposible vivir en esta atmósfera bochornosa en que se ha sumido el yo de Don Manuel. Por ello tratará de agarrarse a lo que está más allá de la acción de la historia. Don Manuel ama la naturaleza y tratará de fundirse con ella, de cobijarse en ella, en lo que queda más allá de la fe y la desesperación. Este puede ser el sentido de las palabras con que concluye su relato: "mas espero que sea porque en ello todo se queda, como se quedan los lagos y las montañas y las santas almas sencillas asentadas más allá de la fe y de la desesperación, que en ellos, en los lagos y en las montañas, fuera de la historia, en divina novela, se cobijaron"<sup>50</sup>.

Uno de los pasajes, donde aparece más explícito el recurso a la naturaleza y la intrahistoria, es el de la zagala o cabrera, –inspirado en lo que Unamuno contempló en uno de sus paseos hacia Ribadelago–: "Mira, parece como si se hubiera acabado el tiempo, como si esa zagala hubiese estado ahí siempre, y como está, y cantando como está, y como si hubiera de seguir estando así siempre, como estuvo cuando empezó mi conciencia, como estará cuando se me acabe. Esa zagala forma parte, con las rocas, las nubes, los árboles, las aguas, de la naturaleza y no de la historia. ¡Cómo siente, cómo anima Don Manuel a la naturaleza!"<sup>51</sup>. Unamuno busca el amparo en algo sobre lo que no haya hecho mella la acción de la historia, donde no se haya cebado la duda y la tragedia. Busca una salida a su imposible salvación per-

---

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 172.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 149.

sonal mediante la vía contemplativa, depositando su yo en las rocas, en el lago y la montaña, escudriñando una eternidad alternativa y que no sea caduca como la histórica. Pero parece que ello no deja de ser un mecanismo de defensa para seguir viviendo, para soportar el tedio de la vida, para que la costumbre no sea el único y frío sustento del vivir. Por ello intenta mantener viva la paradoja: el sabe que no hay escape, pero mantiene la esperanza de escapar. Sabe que no hay más vida eterna que ésta, –que la sueñen eterna, decía–, pero él mismo la sueña. Como paradójico resulta que ansie la quietud, la paz y la eternidad de la naturaleza, cuando él mismo, –como hemos señalado en un apartado anterior–, la había contagiado de duda, trágica y nihilismo.

Queda, sin embargo, otro recurso, otro asidero al que aferrarse, “más allá de la muerte y la desesperación”, que viene sugerido por uno de los símbolos más rico en matices como es el del *nogal matriarcal*: “Cuando se secó aquel magnífico nogal – “un nogal matriarcal”<sup>52</sup> le llamaba–, a cuya sombra había jugado de niño y con cuyas nueces se había durante tantos años regalado, pidió el tronco, se lo llevó a su casa y después de labrar en él seis tablas, que guardaba al pie de su lecho, hizo del resto leña para calentar a los pobres”<sup>53</sup>. El calificativo de “matriarcal” tiene, como sabemos, una enorme significación en Unamuno, que asocia comunmente con las milenarias encinas castellanas, “símbolo del alma de esta tierra”, del árbol fuerte, que da cobijo, del quijotismo, de la intrahistoria: “He vuelto a oír entre la matriarcales encinas castellanas, surgiendo de sus melodiosas entrañas, la voz de Don Quijote, y he vuelto a encontrar a sus cabreros”<sup>54</sup>. Pero, también, un árbol que le recuerda su infancia: “Su perenne verdura es de la infancia/ de nuestra tierra, vieja ya, recuerdo/ de aquella edad en que esperando al hombre/ se henchía el seno”<sup>55</sup>. Así, el “nogal matriarcal”, de cuyo tronco ha sacado las tablas para su ataúd, se presenta como la última fortaleza, la última patente de eternidad anhelada, un cobijo más allá de la muerte, la esperanza de un renacer, de un hombre nuevo.

En estas bases se asienta la sugerente tesis de Manuel Maceiras, que acaba encontrando una salida al incrédulo don Manuel, en una “esperanza

---

<sup>52</sup> Nótese cómo Unamuno se empapó de Sanabria. Por ello no habla de encinas, que en Sanabria prácticamente no existen, y sí de un árbol típico de la zona.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>54</sup> UNAMUNO, M.: “Entre encinas castellanas” (1931), en *O.C. I*, p. 641.

<sup>55</sup> UNAMUNO, M.: “El mar de encinas” (Zamora, 1906), en *Paisajes*, (Estudio y edición de Manuel Alvar), Madrid, Ediciones Alcalá, 1966, p. 66.



inconfesable, pero esperanza cierta”. Para él, el ancestral nogal, “sugiere un simbolismo esclarecedor: sólo después de la muerte, apagada ya la inquietud vital y la esperanza biológica del querer *ser siempre* y *ser todo*, sólo entonces será posible el retorno a la esperanza teológica y a la añorada fe de la infancia, aquí recordada como el momento que él confiesa que “sí creía en la vida perdurable”. Don Manuel, pues, se niega en vida una fe de la que no quiere estar despojado después de muerto. De este modo, la inmortalidad que no confiesa rezando el *credo*, es la esperada irracionalmente para sí después de muerto”<sup>56</sup>. Desde nuestro punto de vista, y como el propio Maceiras reconoce, se trata de una esperanza irracional, inconsciente. Irracionalidad e inconsciencia que son características básicas de todos los mecanismos de defensa que utilizamos cuando somos incapaces de resolver un conflicto, de superar un obstáculo o adecuar nuestras aspiraciones a nuestras posibilidades reales. De aquí que es escasa la significación de trascendencia que puede deducirse de este simbolismo. Es cierto que a través del “nogal matriacal” se percibe una añoranza de la infancia, de una felicidad y una fe perdidas, y un deseo de fundirse con la naturaleza, con la intrahistoria. Pero, es eso, una nostalgia, un recurso ego-defensivo para paliar la limitación-tensión en la que vive, imposible de conciliar con la racionalidad que lo domina. No en vano comienza afirmando: “cuando se secó aquel magnífico nogal...”, es decir, hasta el propio cobijo al que tantas veces había recurrido para calmar su angustia vital, metafísica y religiosa, se había secado ya. No puede, por ello, dar sombra, dar cobijo ante los avatares de la intemperie. Le queda, sin embargo, una última finalidad: “cuando me entierren, que sea en una caja hecha con aquellas seis tablas que tallé del viejo nogal, ¡pobrecito!, a cuya sombra jugué de niño, cuando empezaba a soñar...; Y entonces sí que creía en la vida perdurable! Es decir, me figuro ahora que creía entonces. Para un niño creer no es más que soñar. Y para un pueblo”<sup>57</sup>. Último recurso al que echa mano don Manuel-Unamuno para soportar la “terrible verdad”. El recurso al “sueño” que ponga fin a la frontera entra vida y muerte, al imperio de la razón, que termine fundiendo pasado, presente y futuro. Así, Unamuno, como cuando empezó a soñar de niño, pretende acabar soñando. Pero un sueño que, ahora, no es garantía de fe, porque, para él, creer ya no es soñar. Por ello, ni este último recurso, consigue abrirlo a la trascendencia, sacarlo del nihilismo

---

<sup>56</sup> MACEIRAS FAFIAN, M.: “Prólogo” a *San Manuel Bueno, mártir*, Madrid, EDAF, 1985, p. 38.

<sup>57</sup> *San Manuel Bueno, mártir*, p. 157.

que lo asola. Estamos, pues, ante un Unamuno que, en “*San Manuel*”, acaba desvelando el “enigma de la Esfinge”, la “verdad de muerte”, y ya nada puede contra ella. Intenta, eso sí, aliviarla mediante estos recursos ego-defensivos, una vida activa, y llamando a las puertas de la naturaleza y la intrahistoria.